



# *Fruitlands*

*Una experiencia trascendental*



LOUISA MAY ALCOTT

*Traducción del inglés a cargo de  
Consuelo Rubio Alcover*

*Posfacio de  
Pilar Adón*



IMPEDIMENTA



Era el primer día de junio de 184— y un carromato recorría ciertas colinas de Nueva Inglaterra. Su marcha era pesada, pues lo arrastraba un caballo menudo e iba repleto de variopintas mercancías. Por gozosa compañía llevaba al viento, a la lluvia y al granizo. Lo conducía un hombre sereno, con un niño sereno sobre la rodilla, aunque casi sería mejor decir que estos se dejaban conducir, pues el caballito avanzaba a su aire por el camino. Sentado junto al hombre, un chaval moreno agarraba firmemente un busto de Sócrates. Algo en su semblante evocaba la efigie de William Penn. Detrás de ellos iba una mujer con aspecto enérgico y un entrecejo benevolente, una boca sardónica y los ojos rebosantes de esperanza y coraje.

Un bebé reposaba en su regazo, un espejo inclinado se apoyaba contra su rodilla y un canasto de provisiones bailoteaba en torno a sus pies mientras ella maniobrababa con un paraguas grande y revoltoso. Dos niñitas ojizarcas, con las manos llenas de tesoros infantiles, iban sentadas debajo de un viejo chal, conversando alegremente.

Delante de este jovial grupo merodeaba un hombre alto, de facciones afiladas, que vestía un capote largo y azul. Una cuarta niñita avanzaba a su lado. Iba abriéndose camino entre el barro con vehemencia, y hasta parecía disfrutarlo.

El viento silbaba por encima de las abatidas colinas, el agua caía en forma de lúgubre llovizna, y el ocaso se cernió sobre el paisaje. Pero los ojos del hombre tranquilo penetraban la niebla con la misma calma que si tuviera ante sí un radiante arco de promesas extendiéndose por la grisura del cielo. La mujer de aspecto animoso desplegó el gran paraguas para cubrir a todos sus acompañantes, olvidándose solo de su propia cabeza. El chaval moreno había convertido la calva coronilla de Sócrates en almohada y descabezaba ya un sueñecito, la viva imagen del sosiego. Las niñitas les cantaban nanas a sus muñecas, murmurando las letras con cadencia suave y maternal. El caminante de la nariz afilada, por su parte, no había aminorado la marcha, sino que continuaba tenaz, al mismo ritmo. Tras

él, la estela de su capote azul ondeaba al viento como una banderola, y la vivaracha chiquilla seguía chapoteando en el lodo de los charcos como un patito, tan ufana que daba gusto verla.

Así de esperanzados viajaban estos peregrinos modernos, que abandonaban el viejo mundo dispuestos a fundar uno nuevo en tierras salvajes.

Los editores de *El trípode trascendental* habían recibido de los señores Lion y Lamb (dos de los peregrinos mencionados arriba) una comunicación de la que se extrae el siguiente manifiesto:

Hemos llegado a un acuerdo con el dueño de un predio de unos cien acres para que libere estos terrenos del yugo de la propiedad humana. Allí pondremos en marcha nuestro proyecto de fundar una Familia que viva en armonía con los instintos primitivos del hombre.

No tenemos por objetivo llevar a cabo una explotación tradicional y profana de la tierra. La fruta, el cereal, las legumbres, el lino y otros productos de origen vegetal recibirán cuidados asiduos y por ello mantendrán sobradamente ocupadas nuestras manos, a la par que proporcionarán castas vituallas para satisfacer las necesidades del cuerpo. Es nuestra intención adornar los pastos con huertos, y, en el laboreo de la tierra, sustituiremos el ganado por la pala y la podadera.

Consagrada a la libertad humana, la tierra está esperando recibir los sobrios cuidados de los hombres devotos. Al iniciarse con escuetos medios pecuniarios, esta empresa toma como raíz la confianza en el socorro de la Providencia, que siempre provee generosamente. Las afinidades vitales quedan avaladas por esta alianza del campo incorrupto con personas alejadas de lo mundano, y por ende eludimos las preocupaciones y los percances de una vida entregada al lucro.

En ningún momento se negligé la naturaleza íntima de ningún miembro de la Familia. Nuestro plan contempla el cultivo de todas aquellas disciplinas y hábitos que conduzcan indudablemente a la purificación de los internos.

Entregados por entero al espíritu, los fundadores no prevén un incremento acelerado ni abundante de la población. Solo se accede al reino de la paz franqueando las puertas del sacrificio y del olvido de sí; la felicidad será prueba, a la par que recompensa, de nuestra lealtad a la ley inalterable del Amor.

Este Edén del futuro consistía, de momento, en una vieja casa de labranza de color rojo, un establo desvenado, muchos acres de pradera y un bosquecillo. Por ahora, diez manzanos antiquísimos constituían la única fuente de «castas vituallas» que el paraje podía proveer. Pese a todo, inspirados por la firme creencia de que pron-

to emanarían exuberantes huertas de sus íntimas conciencias, estos rubicundos fundadores habían dado en bautizar sus dominios con el nombre de Fruitlands.

Timon Lion proyectaba fundar allí una colonia de los Santos de los Últimos Días, que bajo su patriarcal ascendiente regeneraría el mundo y glorificaría por siempre su nombre. Abel Lamb, animado por la más devota fe en el alto ideal, que para él era verdad hecha carne, ansiaba plantar allí un Paraíso donde la Belleza, la Virtud, la Justicia y el Amor pudieran convivir felizmente, a salvo de la intromisión de la serpiente. Y su esposa, no conversa pero fiel hasta el final, albergaba la esperanza de hallar allí descanso para sí misma y un hogar para sus hijas, después de mucho vagar por la faz de la tierra.

—He aquí nuestra nueva morada —anunció el entusiasta peregrino mientras tomaban una curva. El agua que chorreaba por el ala de su sombrero no conseguía empañar la satisfacción de su sonrisa. Así enfilaron el camino de herradura, que serpenteaba por una empinada ladera hasta internarse en el valle de aspecto baldío.

—El acceso es algo difícil —observó su esposa, siempre pragmática, mientras hacía esfuerzos improbos para evitar que los distintos accesorios domésticos se cayeran del arca atiborrada, que zozobraba con cada bandazo.

—Como todo lo bueno. Pero aquellos que tengan un anhelo sincero y que perseveren en su búsqueda pronto nos encontrarán —respondió sosegadamente el filósofo desde el barro, por el que estaba intentando arrear al terco rocín.

—La Verdad reside en el fondo de un pozo, Hermana Hope —dijo el Hermano Timon, al tiempo que hacía una pausa para separar a su menuda camarada de una verja a la que se había encaramado, buscando una vista más clara hacia el futuro.

—Supongo que ese es el motivo por el que a nosotros rara vez nos resulta asequible —replicó la señora Hope aferrándose al espejo. Pero toda su porfía fue vana, pues una súbita sacudida se lo arrancó de las manos y lo hizo volar por los aires.

—No queremos ningún reflejo engañoso por aquí —dijo Timon esbozando una sonrisa adusta. Y los fragmentos que pisó crujieron bajo sus pies mientras él proseguía la ruta, incansable.

La Hermana Hope mantuvo la calma y miró con melancolía hacia lo lejos, tratando de distinguir en mitad de la niebla el hogar que le habían prometido. La vieja casa roja, que lanzaba hospitalarios destellos desde las ventanas, le alegró la vista. Teniendo en cuenta el cariz del cielo, les ofrecería un refugio más adecuado que esas selváticas pérgolas de fronda que quizá algunas de las almas más fervientes habrían preferido.

Los recién llegados fueron recibidos por uno de los benditos elegidos, un granjero regenerado cuya idea de la reforma consistía fundamentalmente en llevar ropajes de algodón y calzado de piel sin curtir. Este atuendo, junto con su barba nivosa, le confería un porte venerable y al mismo tiempo, en cierto modo, nupcial.

Como aún no habían llegado los bienes y enseres de la Sociedad, la fatigada familia se sentó a reposar delante del fuego sobre tocones de madera, mientras el Hermano Moses White los agasajaba con patatas asadas, pan negro y agua —todo ello en dos platos, un cazo de estaño y un tazón, tan limitada era su vajilla—. No obstante, al haber dejado atrás las apariencias y vanidades de un mundo depravado, los adultos abrazaban las dificultades con el entusiasmo de pioneros noveles, y los niños paladeaban golosos este aperitivo de lo que suponían iba a ser una suerte de pícnic perpetuo.

A lo largo de este frugal ágape aparecieron dos hermanos más. El primero era un hombre moreno y taciturno, ataviado con ropas tejidas a mano, cuya principal misión consistía en alardear de apellido, arrinconando su nombre de pila, y utilizar el menor número posible de palabras. El otro era un inglés desabrido, con barba, que esperaba alcanzar la salvación a base de comer alimentos crudos e ir desnudo. Hay que decir, con todo, que aún no había adoptado la vestimenta primitiva; de

momento se contentaba con mascar alubias secas que iba sacando de una cestita con ademán meditativo.

—Toda comida debería ser un sacramento, y los recipientes que se usaran para tal fin, bellos y simbólicos —apuntó el Hermano Lamb con acento apacible, al tiempo que enderezaba el cazo de estaño que se le estaba escurriendo por las rodillas—. Me tasaron una vajilla de plata cuando fui al pueblo, pero era demasiado cara, así que me hice con unos elegantes vasos y tazas de peltre de la marca Britannia.

—Lo más complicado del mundo para brillantar. ¿Estará permitido usar blanqueadores en esta comunidad? —inquirió la Hermana Hope, que, como ama de casa que era, sentía gran interés por los adelantos que permiten ahorrar trabajo manual.

—Este tipo de cuestiones triviales se debatirán en una ocasión más adecuada —respondió el Hermano Timon, cortante, que justo en ese momento se estaba quemando los dedos con una patata muy caliente—. Nos abstendremos de consumir azúcar, melaza, leche, mantequilla, queso o carne, pues no admitiremos nada que haya causado perjuicio o muerte a los hombres o a las bestias.

—Nuestras ropas serán de lino hasta que aprendamos a cultivar nuestro propio algodón o algún sustituto de las fibras de lana —añadió el Hermano Abel, que ya retozaba alborozado en un futuro imaginario,

tan cálido y brillante como el generoso fuego que tenía ante sí.

—¿Y los zapatos? —preguntó el Hermano Moses mientras inspeccionaba los suyos con gran interés. Su peculiar forma de abrir las vocales al hablar llamaba bastante la atención.

—En ese punto tendremos que ceder, hasta que podamos fabricar un sustituto inofensivo del cuero. Acabará por inventarse: a base de corteza de árbol, de madera o de algún otro material duradero. Y, mientras tanto, aquellos que deseen llevar nuestras ideas hasta las últimas consecuencias podrán ir descalzos —dijo Lion, que era aficionado a las medidas extremas.

—Yo, nunca. Y tampoco dejaré que mis hijas lo hagan —masculló la indómita Hermana Hope.

—¿Cómo os las apañaréis para labrar los diez acres sin bestias? Si no espabilamos y atendemos a las cosas cuando corresponda, no habrá cosechas —observó el pragmático patriarca vestido de algodón, marcando su discurso a base de parsimoniosas vocales.

—Con palas —replicó Abel, con tal buena fe que Moses no dijo nada más, aunque sí se permitió cabecear escéptico mientras echaba una ojeada a las manos de su interlocutor, que no habían sostenido nada más pesado que una pluma durante años. En virtud de su veteranía y de una desarrollada vena paternal, el hombre mayor contemplaba a los más jóvenes como

muchachos prometedores, pero entregados a los devaneos propios de su edad.

—¿Y qué haremos para tener lámparas, si no está permitida ninguna sustancia de origen animal? Espero de verdad que alguna clase de luz ilumine esta aventura nuestra —dijo la señora Lamb con preocupación, pues en aquellos años no existían el queroseno ni el canfeno, y el gas era desconocido en las zonas apartadas de la civilización.

—Tendremos que apañárnoslas sin ellas hasta que descubramos algún aceite vegetal o alguna cera que nos sirva —replicó el Hermano Timon con un tono resuelto, lo cual llevó a la Hermana Lamb a tomar una decisión: siempre mantendría arreglada y en buen estado su lámpara particular, la encendiera o no.

—Cada miembro llevará a cabo las tareas para las que esté mejor dotado, en función de su experiencia, su fuerza y sus gustos —continuó diciendo el Dictador Lion—. De este modo nos ahorraremos el tener que realizar trabajos penosos, no surgirán desórdenes y la armonía prevalecerá. Nos levantaremos al amanecer y comenzaremos la jornada bañándonos, después vendrá la música y luego, un austero tentempié de fruta y pan. Cada uno encontrará una ocupación que se avenga con su carácter hasta la comida meridiana, y entonces mantendremos una profunda conversación sobre la búsqueda de sentido, lo que dará reposo al

cuerpo y desarrollará las mentes. Las saludables labores físicas nos ocuparán de nuevo hasta la última comida del día, y, llegado este momento, nos reuniremos para comulgar con el grupo. La asamblea se prolongará hasta que se ponga el sol, y entonces nos retiraremos y disfrutaremos del dulce reposo, que nos dará fuerzas para emprender las actividades de la jornada siguiente.

—¿A qué parte del trabajo se siente más dispuesto usted? —preguntó la Hermana Hope, con un destello divertido en sus sagaces ojos.

—Esperaré a que me sea revelado. *Ser* por encima de *hacer*, esa es la gran meta a alcanzar, y a ella llegaremos profesando una voluntad resignada, nunca entregándonos a la actividad caprichosa, pues esta última es un obstáculo para todo crecimiento divino —respondió el Hermano Timon.

—Eso pensaba yo. —La señora Lamb soltó un suspiro bien audible. El Hermano Timon llevaba ya un año entero con su familia, y durante ese tiempo había puesto en práctica su idea de *ser, no hacer* con rigor absoluto. A ella, personalmente, eso del «crecimiento divino» había acabado por parecerle un proceso caro e insatisfactorio.

En aquel punto su marido se inmiscuyó en la conversación, con la cara iluminada por la luz y el regocijo que le inspiraban tantos sueños espléndidos y altos ideales como planeaban ante él.